DE JEHÚ.

103

Hizo Fouché un movimiento, que revelaba toda su sorpresa.

-Es contra vuestro parecer, ya lo sé, dijo el primer cónsul; pero no os quedará otro recurso que obedecer.

Fouché saludó disponiéndose á salir.

-A propósito! dijo Bonaparte.

Volvióse Fouché al oir estas palabras.

—No olvideis enterar á madama de Montrevel de que su hijo se halla sano y salvo; es lo menos que podeis hacer por el ciudadano Morgan, despues de la atención que ha tenido con vos.

Volvió en seguida la espalda al prefecto de policía, que se retiró mordiéndose los labios hasta hacer brotar la sangre.

A property of the second of th

Primeras pesquisas.

Hemos visto la situacion en que encontró á la posta de Chambery la partida del 7.º de cazadores, que debia servirle de escelta.

Su primera operacion, al llegar, fué remover el obstáculo que mantenia encerrado á Roland, quien, despues de arrancado el candado, salió del coche como un tigre de la jaula. Roland, cazador y soldado, no tenia mas que una idea; seguir la pista á los compañeros de Jehú, guiado por las huellas que su presencia habia dejado impresas en el terreno, cubierto, como hemos dicho, de nieve. Vióles internarse siguiendo la direccion de Thoissey; pero conoció desde luego la imposibilidad de adelantar por aquel camino, sabiendo, como sabia, que á muy corta distancia tenia que interponérseles el Saona, y que para atravesarlo no les quedaba otro medio que los puentes de Belleville y de Macon. Mandando, pues, á la escolta y al conductor que le aguardasen en la carretera, empezó, solo, á pié y sin cuidarse siquiera de cargar sus pistolas, á seguir las huellas de Morgan y de sus compañeros. No se habia equivocado: á un cuarto de legua de la carretera encontraron los fugitivos el Saona, y deteniéndose á la orilla para deliberar, segun lo indicaban claramente las pisadas de los caballos, se dividieron en dos grupos, remontando el uno la márgen del rio hasta el puente de Macon, y continuando el otro en direccion opuesta, hácia el de Belleville.

Echábase fácilmente de ver que el objeto de esta separacion no era otro que el de desorientar á sus perseguidores, en el caso de que fuesen perseguidos.

Habia Roland oido la cita dada á los compañeros por su jefe: « Mañana por la noche, donde sabeis. » Persuadióse por lo tanto de que cualquiera que fuese el grupo á cuyo seguimiento se lanzáse, ora se decidiese por los que habian remontado, ó por los que bajado el Saona, no podria descubrir el lugar de la cita si al dia siguiente no estaba derritida la nieve; puesto que los compañeros de Jehú, juntos ó separados, debian acudir todos á un mismo lugar. Retrocediendo, pues, por el mismo camino, mandó al conductor seguir adelante hasta la parada inmediata, esto es, hasta Belleville.

Con él marcharon el oficial de la escolta y cuatro cazadores para declarar como testigos en el proceso verbal que debia instruirse. Prohibióles Roland mencionar su nombre, ni aludirle de modo alguno, proponiéndose ocultar á todo el mundo sus futuros proyectos.

El resto de la escolta, conduciendo el cadáver del jefe de brigada, se dirigió á Macon, donde debia instruirse igualmente otro proceso verbal, acorde con el del conductor, y en el que tampoco debia mencionarse para nada á Roland. Escogiendo luego el mejor caballo que habia en la escolta, cargando sus pistolas y colocándolas en las fundas que contenian las del cazador desmontado, salió al galope, tomando el mismo camino que habia ya recorrido.

Llegado al punto donde se habian separado los dos grupos, determinó ir únicamente tras el que siguiendo el curso
del Saona se habia encaminado á Belleville. Obligóle á
tomar esta resolucion, que le hacia perder quizás dos ó tres
leguas, en primer lugar el hallarse mas cerca de Belleville
que de Macon, y el considerar además que, habiendo per-

manecido veinte y cuatro horas en Macon, podia ser fácilmente reconocido, al paso que en Belleville no corria semejante peligro, por no haber estado en dicha poblacion mas que el tiempo preciso para cambiar el tiro en alguno de sus anteriores viajes.

Una hora apenas bastó para lo que acabamos de referir; el reloj de Thoissey daba las ocho de la noche cuando emprendió Roland la persecucion de los fugitivos.

Fácil era seguirles la pista, pues veíanse distintamente impresas en la nieve las pisadas de cinco ó seis caballos. Atravesó Reland los dos ó tres riachuelos que corren por aquella llanura á la espalda de Belleville, deteniéndose á cien pasos de dicho pueblo, donde se habian los fugitivos subdividido.

De los seis caballos tomaron dos á la derecha, alejándose del Saona, mientras los otros cuatro siguieron á la izquierda, sin desviarse del camino que debia conducirles á Belleville. Conocíase que á la entrada de esta ciudad se habia nuevamente fraccionado el grupo, dando tres de los jinetes la vuelta por el exterior, y penetrando uno solo por sus calles.

Prefirió Roland seguir las huellas de este último, creyendo que por este medio descubriria quizás el paradero de los demás. El que habia entrado en la ciudad fué á refugiarse en una elegante casa con jardin, señalada con el núm. 67. Habiendo tirado del cordon de la campanilla no tardaron en abrirle; al través de la verja se veian las huellas del que le habia abierto, distinguiendo además, á poca distancia, las pisadas del caballo al ser sin duda conducido á la cuadra.

Era por lo tanto indudable que en aquella casa habia entrado uno de los compañeros de Jehú.

Harto sencillo era para Roland presentarse á la autoridad, manifestarle las facultades de que se hallaba revestido, y reclamando el auxilio de la fuerza pública, proceder á la inmediata detencion del fugitivo. No era sin embargo este su objeto, pues no se contentaba con la captura de un solo individuo, empeñado, como parecia estarlo, en apoderarse de todos los que formaban la partida. Así que, grabando en su memoria el número 67, prosiguió tranquilamente su camino. Despues de haber atravesado toda la ciudad, examinó á la salida el terreno, sin lograr empero descubrir huella ni señal alguna.

Proponíase ya retroceder, cuando le ocurrió que seguramente volveria á encontrar la pista á la entrada del puente. No se equivocaba, en efecto, pues al llegar á dicho sitio distinguió visiblemente las pisadas de los tres caballos de una manera que no dejaba lugar á la menor duda.

Lanzóse por consiguiente con nuevos brios á la persecucion de los fugitivos, observando á la entrada de Monceaux, que, sin olvidar estos sus acostumbradas precauciones, habian igualmente dado la vuelta á la poblacion; cosa que dió muy poco cuidado á Roland, en la seguridad de que al otro extremo del pueblo encontraria de nuevo las señales que le indicasen la direccion que habian tomado.

Tampoco erró esta vez sus cálculos, de manera que puesto nuevamente en marcha, poco antes de Chatillon pudo observar que uno de los caballos, dejando la carretera y tomando á la derecha, habia entrado en un castillejo situado en la cima de una colina, á poca distancia del camino de Trevoux, mientras los otros dos jinetes, creyendo haber conseguido desorientar á los que pudiesen perseguirles, habian tranquilamente atravesado Chatillon y tomado la carretera de Neuville.

Nada mas favorable á los proyectos de Roland, pues era evidente que se dirigian á Bourg; de lo contrario, habrian seguido el camino de Marlieux. Era pues sin disputa Bourg el cuartel general de los compañeros de Jehú; y como era asimismo el punto elegido por Roland como centro de sus operaciones al propio tiempo que su ciudad natal, cuyos alrededores conocia con toda exactitud, hubo de celebrar la buena eleccion de sus enemigos.

Como siempre, en Neuville habian dado los fugitivos la vuelta por el exterior; mas sin hacer caso ya Roland de semejante ardid, siguió adelante, viendo que á la salida del pueblo habia quedado solo uno de los caballos.

Deseoso, no obstante, de aprovechar todos los indicios posibles, retrocedió algunos pasos hasta el sitio donde se ha-

bian separado los dos jinetes; viendo entonces que, en el camino de Vannes, habia el uno seguido adelante penetrando en sus calles, y pasado el otro por las afueras de dicho pueblo. Satisfecho de este descubrimiento, volvió á tomar el camino de Bourg, á fin de cerciorarse del paradero del único que le faltaba descubrir.

El caballo que este montaba no podia á la verdad andar mucho mayor trecho, pues aun suponiendo que al salir de la Casa-Blanca estuviese reposado, llevaba recorridas las dos leguas que hay desde dicho punto á Belleville, cuatro desde esta ciudad á Chatillon, y las seis desde Chatillon á Bourg; es decir, una distancia de doce leguas, que con los rodeos que se vieron precisados á dar, seria á lo menos de trece. Poco mas podia por consiguiente esperarse de un caballo, cualquiera que fuese su brio.

En efecto, muy cerca de Saint Denis conocíase que el pobre animal marchaba con tanta dificultad, que creyó por un momento Roland que alií se habria detenido el que lo montaba; mas al salir del pueblo volvió á encontrar sus huellas, lo que no le permitió ya dudar de que se encaminaba indefectiblemente á Bourg.

Cuanto mas próxima consideraba Roland la consecucion de su objeto, mayor era el entusiasmo con que atendia al desempeño de su comision. No habia ya creido necesario el jinete evitar el ser visto en Bourg, sino que entró confiadamente en dicha ciudad. Pareció entonces á Roland que allí

habria vacilado por algun tiempo sobre el camino que deberia seguir, aun cuando no se le ocultaba que podia ser este un nuevo ardid para dejar burlados á sus perseguidores. Mas al cabo de diez minutos de exámen, supo á punto fijo á que atenerse: no era un ardid; habia en efecto vacilado, ignorando probablemente el verdadero camino que debia llevarle á donde se proponia ir.

Veíanse los pasos de un hombre, que por un camino trasversal se habia reunido al jinete, y servidole desde entonces de guia : al lado de las pisadas del animal se veian los pasos del que le acompañaba. Unos y otros iban á perderse en la posada de la Bella-Alianza. Esta circunstancia hizo recordar á Roland que á aquella misma posada habia sido conducido el caballo que resultó herido cuando la detencion de la diligencia, en las Carronnieres. Segun todas las probabilidades, habia por consiguiente algo de comun entre aquella posada y los compañeros de Jehú. Por lo demás, el viajero que acababa de entrar en la Bella-Alianza no era regular saliese de ella antes del dia siguiente. La excesiva fatiga que abrumaba á Roland vino á advertirle la necesidad del descanso. Para no atropellar á su caballo, como y tambien para reconocer detenidamente et camino que acababa de recorrer, habia empleado seis horas en andar las doce leguas.

Daban las tres en la Iglesia de Nuestra Señora cuando entró Roland en Bourg. Indeciso se hallaba sobre el partido que deberia tomár: conocido como era en Bourg, le parecia

una imprudencia alojarse en alguna de las posadas de dicha ciudad, además de que la montura de cazador que llevaba su caballo podria excitar alguna sospecha. El éxito de su comision dependia principalmente de que nadie supiese su llegada.

Podia ciertamente ocultarse en el castillo de Fuentes-Negras para combinar desde allí su plan : mas, ofrecia la discrecion de los que en él vivian toda la seguridad del sigilo? Ningun cuidado le inspiraban, sobre el particular, Miguel y su hijo Jaime; tampoco abrigaba el menor recelo por Amelia; pero podia contar igualmente con Carlota, la hija del alcaide?

Eran, como acabamos de decir, las tres de la madrugada; todo el mundo dormia aun en Bourg; lo mas seguro era pues ponerse en contacto con Miguel, á quien no faltaria probablemente medio de ocultarle. Con gran sentimiento de su caballo, que parecia haber olfateado ya la posada, volvió grupas por lo tanto Roland, dirigiéndose á la carretera de Pontd'Ain.

Al pasar por delante de la iglesia de Bourg, echó una mirada al cuartel de los gendarmes, quienes, al igual que su capitan, dormian por lo visto el sueño de los justos. Atravesó el bosque para adelantar, y al salir de nuevo á la carretera distinguió dos hombres con una gran liebre, sujeta por sus cuatro patas. Pareciéndole reconocer á dichos hombres, puso al trote su caballo para darles alcance.

Aunque la nieve amortiguaba casi el ruido de los pasos, conocíase que dichos dos hombres estaban en vigilancia, pues volviéndose de repente y distinguiendo á un jinete que adelantaba hácia ellos, tiraron la liebre y emprendieron la fuga, procurando ganar el bosque de Seillon.

DE JEHÚ.

-Eh! Miguel! gritó Roland, á cada momento mas convencido de haber reconocido á su jardinero.

Paróse Miguel, mientras su compañero continuaba corriendo.

-Eh! Jaime! volvió á gritar Roland.

Detúvose asimismo el otro. Ya que se les habia conocido, era inútil huir, además de que el grito nada tenia de hostil; la voz era mejor amiga que amenazadora.

-Calle! exclamó Jaime, parece M. Roland.-Vaya! el mismo es en cuerpo y alma, añadió Miguel.

Y en lugar de huir hácia el bosque, retrocedieron los dos á la carretera. Si bien Roland no oyó las palabras de los dos labriegos, con todo, adivinándolas:

-Eh! par diez! sí, yo soy, gritó.

A los pocos instantes Miguel y Jaime estaban á su lado. Innumerables fueron las preguntas del padre y del hijo, á quienes preciso es confesar no faltaba motivo para hallarse tan admirados.

Roland, de paisano, montado en un caballo de un simple soldado, á las tres de la madrugada, en la carretera de Bourg, á las inmediaciones de Fuentes-Negras...... Cortó el jóven bruscamente la conversacion, diciéndoles :

-Silencio! poned la liebre á la grupa de mi caballo v vamos corriendo al castillo; nadie ha de saber mi llegada, ni aun mi hermana, entendeis?

Hablaba Roland en el tono imperativo propio de un militar, y muy bien sabian los que le escuchaban que, dada por él una órden, no habia mas que cumplirla al pié de la letra. Pusiéronse los tres en marcha, siguiendo los dos aldeanos el trote del caballo, y aun cuando les separaba del castillo un cuarto de legua á lo menos, hallábanse á los diez minutos á cien pasos de la verja.

Hicieron allí alto, adelantándose el jardinero y su hijo para explorar el terreno y convencerse-de que todo continuaba tranquilo y silencioso. Satisfechos de su reconocimiento, hicieron seña á Roland, quien adelantándose, se apeó y entró por la puerta del pabellon préviamente abierta, mientras Miguel conducia el caballo á la cuadra y la liebre á la cocina; pues aunque cazador furtivo, no le movia el interés sino tan solo el placer de la caza.

Ninguna sospecha podian despertar ni el caballo la liebre; pues tan poco se cuidaba Amelia de la cuadra como de la cocina. Preparó Jaime un buen fuego en la chimenea, mientras Miguel fué á buscar media docena de huevos para una tortilla, preparando en seguida Jaime, lo mejor que pudo, una cama en un cuarto retirado. Sentóse Roland junto á la chimenea, cenando sin proferir una sola palabra.

Contemplábanle los dos aldeanos con cierta extrañeza, no

del todo exenta de inquietud. Habíase esparcido el rumor de la expedicion de Seillon, y, aunque en voz baja, se decia dirigida por Roland. Era pues evidente que su regreso se rozaba con alguna nueva operacion del mismo género. Concluida su sencilla cena, levantó Roland la cabeza, llamando á Miguel.

-Ah! estabas aquí? dijo.-Sí, aguardando vuestras órdenes.-Son muy sencillas; óyeme bien.-Hablad.-Es cuestion de vida ó muerte; mas que esto, pues va en ello mi honor.—Hablad, hablad por Dios.

Sacó Roland su reloj.

-Son las cinco; cuando abran la posada de la Bella-Alianza, estarás tú á la puerta como pasando por casualidad y te detendrás á hablar con el que abra. — Será probablenmete Pedro. - Pedro ó Pablo, has de saber por él quién es el viajero que ha llegado á la posada cerca de las tres de esta madrugada, y si marcha hoy, ó se queda á descansar todo el dia. - Todo esto sabré. - Pues bien ; cuando lo sepas vendrás á decírmelo; y en el entretanto, el mas profundo silencio sobre mi llegada. Si te preguntan por mí dirás que ayer se recibió en el castillo carta mia ; que estoy en París al lado del primer cónsul.—Corriente.

Luego de salido Miguel á desempeñar su encargo, acostóse Roland, dejando confiada á Jaime la vigilancia del pabellon.

Cuando despertó, estaba ya de regreso Miguel, con to-TOMO II. UNIVERSIDAD SE NUEVO LEON

SIBI IOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REVES"

April 1625 MONTERREY, MEXIC

das las noticias cuya averiguacion se le habia encomendado. El viajero llegado la noche anterior debia salir aquella misma tarde, y relativamente á él, se leia en el registro, que en aquella época estaban obligados á llevar todos los posaderos, lo siguiente:

«Sábado 30 de pluvioso, á las diez de la noche: el ciudadano Valensolle, llegando de Lyon con direccion á Ginebra.»

Como se ve, estaban tomadas las debidas precauciones; pues es evidente que, constando en el registro la llegada del ciudadano Valensolle, á las diez de la noche, era de todo punto imposible que, hallándose á las ocho y media, hora en que tuvo lugar la detencion de la mala, en la Casa-Blanca, hubiese podido llegar á las diez á la posada de la Bella-Alianza.

Pero lo que mas vivamente preocupaba á Roland, era que el que habia ido siguiendo durante la noche y cuyo nombre y paradero acababa de descubrir, no era otro que el testigo de Alfredo de Barjols, muerto por él en el desafio de la fuente de Vaucluse; pareciéndole entonces, por algunas particularidades que trajo á su memoria, que él mismo habia sido el que se le apareció como un fantasma en la Cartuja de Seillon.

Esto le confirmó en la idea de que los compañeros de Jehú no eran bandoleros ordinarios, sino que al contrario pertenecian todos, segun pretendia el rumor público, á familias distinguidas; y que mientras los nobles bretones arriesgaban su vida en el Oeste, en defensa de la causa realista, se exponian ellos por su parte á perecer en un cadalso, á fin de remitir á los que se hallaban en campaña los fondos que se procuraban, al otro extremo de la Francia, por medio de sus atrevidas expediciones.

Tobal about 1 and 1 and

Nada mas fácil á Roland que hacer detener, antes de su llegada á Bourg, á uno ó dos de los que venia persiguiendo durante la noche, que hemos perdido en su compañía. No le habria sido mas difícil apoderarse igualmente de M. de Valensolle, quien, rendido como él de fatiga, querria sin duda descansar todo aquel dia en la posada.

Bastábale para esto escribir algunas palabras al capitan de los gendarmes, ó al jefe de los dragones, que le habian acompañado en su expedicion á la Cartuja. Mas el arresto de M. de Valensolle seria probablemente la señal de alarma para todos sus compañeros, que se apresurarian á poner piés en polvorosa, atravesando la frontera de Francia. Mas prudente parecióle por lo tanto su primer propósito, esto es, disimular y seguir con sigilo las diferentes huellas que debian guiarle á un mismo centro, y aun cuando fuese preciso aven-